

SAN JUSTINO

Pero el que antes que nadie, si excluimos los textos inspirados, iba a descubrir a la faz del mundo los sagrados ritos del sacrificio cristiano, fué un convertido de la misma tierra que habitó el Señor, aquella tierra de Palestina que El había recorrido en todas direcciones, cuando aún no se habían borrado las huellas de los primeros creyentes. Este gran testigo de la fe y de las costumbres de los cristianos en la era que sigue a la predicación apostólica es San Justino. Nace alrededor del año 100, en Siquem, donde aún se mostraba el pozo del agua viva. Cerca de su casa está el lugar en que creyó la samaritana, pero él se lanza a correr mundo, devorado por la sed de la verdad. Se la pide primero a los poetas, que le dan artificiosas palabras y relatos bellos, pero absurdos. Llama después a la puerta de los estoicos, pero no tarda en comprender que más que las verdades les interesan los gestos. Los académicos, en vez de ofrecerle sabiduría, le piden dinero. Quedan todavía los discípulos de Pitágoras. Ellos, al fin, le van a revelar el gran secreto. Ya no duda que hay alguien que tiene las llaves del templo de la ciencia; pero antes de entrar en él hay que atravesar avenidas interminables y pórticos complicados; hay que estudiar la música, dominar la geometría y saber de astronomía cuanto podía saber un sabio de aquel tiempo. Eran requisitos indispensables para conseguir la beatitud del filósofo. Su alma apasionada no podía hacerse a tan largas esperas. Alguien entre tanto, le habla de la belleza increada y de la verdad infinita, del Verbo que se hizo carne y que conversó con los hombres. Por vez primera averigua que la condición más importante en la vida del conocimiento, la experiencia precursora, no son los números, ni los sonidos, ni las figuras, ni los silogismos, sino el amor, el amor de Dios, acorde soberano de la vida. Esta revelación le deja como hipnotizado. Un día se pasea al borde de la playa. Muchas veces recordará aquel momento en sus libros y en sus discursos. La inmensidad

del mar, sin tregua y sin descanso, le decía su infinito mensaje, y en su alma generosa iba penetrando con vaga melancolía la tremenda nostalgia de Dios. De pronto se le acerca un anciano, que le saluda con fiadamente. Y le habla de filosofía, a él, ávido de una filosofía en que pudiese descansar definitivamente su espíritu. Era una filosofía nueva, que iba llenando de jubilosa luz el alma del joven pensador. ¡Con qué seguridad, con qué fuerza resonaban en el fondo de su ser las palabras del desconocido, cuando le hablaba del comienzo del mundo, de la grandeza del hombre, del origen del mal, de un Dios que ponía la creación como primer mensajero, que luego había hablado por los profetas y que, al fin, había aparecido en la tierra para hablar al hombre como el amigo habla al amigo! «Ahora soy de veras filósofo», gritó Justino, abrazando con ilusión triunfadora e inextinguible la verdad, que había encontrado inesperadamente, y se entregó a ella con todos los bríos de su juventud enamorada, y juró publicarla por todas partes y defenderla y propagarla y hacerla triunfar, «aunque le hiciesen pedazos». Y cumplió su palabra para conservar aquel amor irrevocable.

Tal fué el hombre que nos hizo la primera descripción de la Misa, un filósofo, que acabaría siendo mártir; un filósofo empeñado en conservar dentro del cristianismo los jirones de verdad que había recogido en las escuelas. Tal vez sus teorías, en aquel primer esfuerzo por armonizar la sabiduría helénica con la doctrina del Evangelio, deban ser recibidas con cierta reserva; pero si nos interesa el filósofo, autor de bellísimas páginas, llenas de profundidad y de pasión, amamos más al apologista, cuyo testimonio es uno de los legados más hermosos de la antigüedad cristiana. En su voz se funden los ecos del Oriente y del Occidente. Después de recorrer todo el mundo romano, llevando bajo el manto del filósofo la ciencia del amor de Cristo, llega a Roma hacia el año 150, y allí abre una escuela. Son filósofos los emperadores que enton-